

LEYENDAS URBANAS



IN BLUES WE TRUST

Ayanimof
(20-09-2005)

Ha pasado mucho tiempo pero el recuerdo sigue vivo. ¿Cómo olvidar la gran aventura de mi vida? Había superado el frío invierno dublinés de 1985 trabajando en el gabinete jurídico de una empresa multinacional. No era el trabajo ideal, pero he de reconocer que estaba bien remunerado y me permitía perfeccionar mis conocimientos del idioma de Wilde. El caso es que un buen día fui llamada por el presidente de tal compañía a su despacho para contarme que había fallecido, en tierras lejanas, un pariente con el que no mantenía relación alguna, pero que, sin embargo, le había incluido en su herencia . Este hecho le obligaba a desplazarse para llevar a cabo una serie de molestos trámites incompatibles con su apretado calendario de reuniones, por lo que había pensado en mí como la persona idónea para realizar tal gestión. La oferta era difícil de rechazar: Gastos pagados, un conductor a mi disposición, y sobre todo el hecho de que las tierras lejanas eran Nueva Orleans.

Había crecido escuchando la música de Louis Armstrong y de un tal Doctor John, que, por las portadas de sus discos, yo imaginaba como una especie de practicante local con agujas de vudú, hasta que mi padre me explicó que se trataba de un guitarrista y pianista llamado Malcolm John Rebnack; en sus comienzos músico de estudio que participó en grabaciones de Joe Tex, y al que, en un incidente en el que se vio mezclado, una bala le paralizó el dedo índice de su mano izquierda. Dejó la guitarra y se concentró en tocar el piano, iniciando su carrera en solitario con el alias por el que le conoce todo buen aficionado. Por supuesto, acepté la oferta. Esa misma tarde preparé la maleta y al día siguiente volaba hacia “Nu’ Olins”.

Dediqué el primer día a realizar algunas visitas y examinar minuciosamente la extensa documentación, bastante más de lo que yo esperaba. Recibí despierta el amanecer del segundo día, lo que me permitió avanzar tanto en mi trabajo que, llegado el mediodía y sin ninguna incidencia destacable, lo tenía prácticamente terminado. No obstante tenía permiso hasta el lunes siguiente, lo que me daba el margen de dos días más para visitar la ciudad y tratar de disfrutar mi estancia.

Llamé a George, el amable conductor que me habían asignado, y le dije que me apetecía comer algo antes de visitar la ciudad. Me llevó a probar la comida “Cajún” con su peculiar gusto picante. Terminado este agradable trámite y sin más dilación iniciamos el recorrido previsto. Quise conocer primero El Museo del Cabildo y visitar la sala donde se firmó el histórico tratado de compra-venta por el que Napoleón vendía, a Estados Unidos, en 1803, el Estado de Louisiana a razón de 0,04 dólares por acre, para después recrearme en un tranquilo paseo por el Barrio Francés, disfrutando el colorido de sus casas con balcones de hierro forjado. En esto llegó la noche y decidí que era el momento de ir a escuchar “blues”. -No se preocupe, señora (George era muy correcto) conozco un sitio que le gustará-. -No perdamos más tiempo, Let’s go!- repliqué.

Camino de Bourbon Street, donde se encontraba el local al que George me llevaba, llamó mi atención la decadente fachada de una “house of blues”. – ¡Para! , por favor-, -Pero si aún no hemos llegado-, -No importa, éste es el sitio que quiero conocer. Estoy segura.-Está bien, señora, lo que prefiera. Volveré a buscarla un poco antes de la hora de cierre”-“Gracias”. Abandoné el vehículo y con paso decidido alcancé la entrada del local. Empujé su añeja puerta lo suficiente para percibir una melodía que me resultó familiar. Esperé unos segundos hasta reconocer que se trataba de “You need love”, el tema de Willie Dixon que inmortalizara Muddy Waters y sirviera de inspiración a Led Zeppelin para su “whole lotta love”.

Propulsada por tan magnífico blues me catapulté al interior del local. No había mucha gente, por lo que pude sentarme a una mesa situada junto al escenario donde el intérprete arrancaba a su piano las notas que acompañaban su sensual voz: “I’m gonna give you some love, I know you need love...” No pude apartar la mirada hasta que terminó su actuación. Mi espontáneo aplauso resonó en la semivacía sala, llamando la atención del apuesto “bluesman” que giró hacia mí su cabeza mientras se erguía y comenzaba a caminar en dirección a la mesa que yo ocupaba. Me saludó cortésmente. Era un hombre joven y, en mi opinión, bien parecido. “¿Puedo sentarme?” “La silla está libre” contesté. Cuando estuvo frente a mí pude apreciar el brillo de sus ojos en contraste con su oscura piel. ”No suelo ver a mujeres blancas solas por aquí” “¿Por qué no?, soy mayor de edad y me gusta el blues” “¿Te gusta de veras?” A partir de ahí le fui relatando mis conocimientos sobre la materia y los discos que desde pequeña había

escuchado. Quedó, al menos eso me pareció, impresionado. Escuchaba sin apartar su mirada de la mía y de vez en cuando hacía algún comentario, complementario a mi relato, con su cálida voz. Lo que se me antojaba un instante, fueron dos horas, pero sólo volví a la realidad cuando oí sonar la desvencijada puerta de entrada y al volverme ví a George esperando. “Me tengo que ir” “¿Volverás mañana?” ”Tengo cosas que hacer pero lo intentaré” “Hasta mañana, pues”.

Durante el recorrido hacia el hotel, George respetó mi silencio; pero una vez que llegamos y mientras yo bajaba del automóvil, me dijo, entre risas, a modo de despedida: “Tenga cuidado, señora, con los nativos. Podrían hechizarla”. Le contesté con una sonrisa, mientras pensaba:”Tal vez ya lo han hecho”.

A la mañana siguiente me dirigí a la oficina donde debía ultimar la operación que me había llevado hasta allí, y tras aclarar algunos pormenores, de poca importancia, di por concluida la misma con una llamada a Dublín para informar que todo había salido según lo previsto. El estómago me recordó que no había desayunado, así que me fui de inmediato a saborear la jambalaya (una especie de paella de mariscos aderezada con el picante característico de la zona). Hice la digestión paseando y llegué hasta Jackson Square donde, en torno a la catedral de St. Louis, la más antigua de Estados Unidos, se reunían músicos, pintores y pitonisas, formando un atractivo y variado espectáculo.

Volví al hotel y esperé que viniera George a recogerme. “¿Quiere que cambiemos, hoy, de sitio?” me preguntó con socarronería. ”No, muchas gracias, prefiero repetir” le repliqué con el tono más irónico que pude. “Así será, si así lo desea, madame”.

Cuando entré en el local, una voz, que ya me era familiar, entonaba lo que me pareció una premonición: “In my solitude you haunt me with reveries of days gone by. In my solitude you taunt me with memories that never die.” Un hermosa composición de Ellington/De Lange/Mills. “En mi soledad, repetía yo, vienes a mí con el ensueño de días pasados. En mi soledad te burlas de mí con recuerdos que nunca mueren”. Ocupé la misma mesa del día anterior y pedí un bourbon de urgencia para aliviar el nudo de la garganta. Terminada la actuación, mi cantante favorito se acercó y me pidió permiso para sentarse. Por supuesto, accedí. Nada más tomar asiento y tras un “hoy hablaré yo” comenzó a relatarme su dura infancia; como había tenido que trabajar desde pequeño para salir adelante, como Nueva Orleans no era sólo lo que veían los turistas. Tenía un lado mucho más oscuro donde había que luchar cada día para subsistir. Tocaba en el local, más por afición que por lo que le pagaban, pues para vivir con una mínima holgura, trabaja por las mañanas en el puerto. Le había alegrado volver a verme y quería seguir haciéndolo. Tuve que advertirle que mi misión había terminado y sólo estaría un día más antes de partir, el lunes, hacia Irlanda. “Esta bien. Concédeme, mañana, esa última noche y yo la haré eterna. Antes de poderle contestar tomé un largo trago que me ayudó a reaccionar. La contundencia de la frase en su embriagadora voz me había producido una especie de K.O. técnico. ”No te lo aseguro (que mal mentía) pero haré lo posible”. “Tu hombre está en la puerta, no le hagas esperar” “¡Ah!, ni me había enterado de la presencia de George, hasta...hasta mañana.”

Nada más llegar a mi habitación me dejé caer en la cama, el duro bourbon había hecho su efecto y ya no pude levantarme hasta la mañana siguiente, cuando sobresaltada di un brinco que casi me hace rodar por el suelo. Había tenido una pesadilla: Los diques que protegen Nueva Orleans habían cedido al empuje de las aguas y toda la ciudad

estaba inundada. Cadáveres procedentes de la ciudad de los muertos flotaban por todas partes. La ciudad de los muertos, así llaman a los cementerios. Al estar bajo el nivel del mar no pueden enterrarlos y los apilan en tumbas de piedra. Un buen rato bajo la ducha disipó los malos espíritus.

Decidí que pasaría la última mañana en el río Mississippi y así lo hice, remontando sus tranquilas aguas a bordo de una reproducción de los míticos barcos de vapor, mientras miraba hacia la orilla con la esperanza de ver aparecer a Tom Sawyer, el entrañable personaje que creara Mark Twain combinando las características de varios amigos de su infancia. La mañana pasó volando y me apresuré a regresar al hotel para comer algo y acicalarme debidamente para la cita-despedida que me esperaba esa misma noche. Tardé en elegir el vestido, hasta que encontré uno intermedio: no era muy recatado pero tampoco marcaba en exceso. Aún tenía tiempo antes que me recogieran, así que bajé al bar del hotel y pedí un “dry-martini” que ingerí en pequeños sorbos que paulatinamente fueron calentando mi estómago y mi ánimo. El peculiar sonido de su motor me hizo saber que el carro de George había llegado.

“No me lo diga, señora. Déjeme adivinar adonde vamos” “Come on, George, come on”. Media hora después estaba ante la puerta del “house of blues”. Tragué saliva y entré con paso decidido pero no oí la voz cálida que esperaba. Miré hacia el fondo y supe la razón, su dueño estaba sentado a la mesa de días anteriores, esperando mi llegada. “Quiere tomar asiento, madame” “Con mucho gusto”. He pedido esta noche libre para estar contigo. De hecho, me gustaría que me acompañaras a casa. Está a dos pasos de aquí, tengo una colección de discos que podría interesarte y descorcharíamos una botella de champán francés que guardo para ocasiones especiales.

Mi primer impulso fue decir no, pero, mientras él acariciaba mi mano con sus espigados dedos, recordé la frase que define la filosofía de la ciudad: “Laissez les bons temps rouler”, y me dije: “Venga, abandona por una vez los temores que te han acompañado toda tu vida y vive”. Le devolví la caricia y dije: “Vamos, antes de que me arrepienta”.

Avisé a George para que no fuera al local a recogerme. Le dí la dirección de la casa a la que me dirigía, recomendándole que, si no le llamaba antes, estuviera en la puerta a las 8 de la mañana, tiempo suficiente para recoger mi maleta en el hotel y llegar al aeropuerto.

Cinco minutos después entraba en casa de mi cantor de jazz. Me sorprendió por la pulcritud de la misma. Todo bien colocado, incluida la colección de discos que durante un buen rato estuve curioseando mientras él me comentaba las características de los distintos intérpretes, algunos de ellos músicos locales. “Poco conocidos fuera de aquí, pero muy buenos” según sus palabras. Estábamos llegando al final de su colección cuando dijo: “Me parece que ha llegado el momento del descorche. El champán está a la temperatura justa” “No esperemos más” repliqué.

El corcho saltó en un sonoro vuelo mientras el dorado líquido llenaba de espuma nuestras copas. Brindamos, bebimos. Volvió a llenar las copas, volvimos a brindar. Pero entonces, tras ese segundo brindis nuestras miradas quedaron enfrentadas, mientras nuestros labios se aproximaban hasta quedar unidos por un magnetismo que no parecía tener fin. Poco más recuerdo, a partir de ese momento; si acaso, el comienzo del disco que yo acababa de poner (era la versión de Louis Armstrong de “Fly me to the moon”)

que se confundía con el ruido de nuestros cuerpos rodando por el suelo, despojados ya de la molesta ropa, en un intento de no ser dos. Una eternidad más tarde, yacíamos exhaustos sin saber muy bien como habíamos llegado hasta la cama.

Sonó la alarma de mi reloj de pulsera que yo, siempre tan previsor, había programado. Me levanté, procurando hacer el menor ruido posible y tras haberme aseado y vestido, miré por la ventana para comprobar que mi fiel escudero motorizado esperaba en la puerta. Contemplé un momento el cuerpo dormido, apenas tapado por una ligera sábana, que sólo dos horas antes era un volcán en erupción que yo avivaba a golpe de uñas. Cuando me acerqué para darle un beso de despedida abrió los ojos e hizo ademán de levantarse, pero no le dejé. “Es mejor así. Volveré pronto, con el primer permiso que tenga”. Di media vuelta, salí sin mirar atrás y bajé las escaleras lo más rápido que pude. “Bonjour, madame”¿Ha pasado buena noche?. “Estupenda, George, pero vámonos ya”.

Tres horas después el avión con destino a Dublín iniciaba su despegue, entre los pasajeros iba yo. “Volveré pronto”. No lo hice. Varias veces estuve tentada de volver (Io quasi quasi prendo il treno e vengo, vengo da te, ma il treno dei desidereri, nei miei pensieri all'incontrario va) pero no lo hice y nunca me lo perdonaré.

Esta mañana mientras leía en el periódico el reportaje de la catástrofe que un maldito huracán ha provocado en Nueva Orleans y antes de que las lágrimas me impidieran seguir leyendo he podido ver la imagen de la parte superior del “local de mi aventura” asomando por encima del agua con su orgulloso letrero: **IN BLUES WE TRUST.**

